

# A propósito de un libro

Acabamos de cerrar la última hoja de un libro con destino al mundo joven. Se trata de un volumen que cobija en sus páginas lo más representativo de Man Céspedes: SOL Y HORIZONTES y SIMBOLOS PROFANOS. Toda alma que empiece a vivir, a extender sus capullos blanquecinos, debe deleitarse en la lectura de esta publicación. Si el uruguayo Rodó dedicó sus horas a la juventud escribiendo su mensaje ARIEL, el pensador boliviano hizo otro tanto en favor de los "muchachos de América".

Estamos rodeados, agobiados por amargas verdades. Una de éstas es que en nuestro medio jamás se ha parado mientes en la importancia que asume el libro en la formación de adolescente y el niño. Los moldes de la educación carecen de perspectiva, de sentido futurista; el colegio y la universidad no tienen mayor pretensión que fabricar bachilleres y profesionales...

Habréis advertido, lector, que si nos enfrascamos en la lectura no existe problema que aflore. Vivimos lo que nuestros ojos rastrear, sentimos con el personaje de la novela que detiene nuestra atención y lloramos la muerte de un hombre que sólo existió en la imaginación del autor ¡Cuánto mejor si no hay luto, dolor o lágrimas en el material de lectura! Porque, ¿acaso no estamos cansados de todo esto en la vida real?

Replicar se podrá que es un medio de escape de los problemas que el convulsionado siglo XX trajo consigo. La verdad que en cierta manera es así: un medio evasivo que busca su feliz origen en la invención de la imprenta. Más aún, tan antiguo como el ser pensante; en papiro leyeron los remotos antepasados del hombre actual, aunque no hubiera sido precisamente para recrearse.

Hubo seres humanos que a decir de sus coetáneos eran libros andantes. Unamuno -el "caliente-libros", como se autocalificó por su voracidad literaria- apuntó: "cuanto me dicen de un hombre que habla como un libro, contesto siempre que prefiero los libros que hablan como hombres". Reparad que hoy mismo nos damos de codos con hombres-novelas, cual son los mitómanos que del hecho más intrascendente idean toda una trama digna de equipararse a la mejor producción de Ian Fleming.

Si de preferencias se trata, ¿quién desearía leer noticias de actualidad? Para mejor inteligencia nos "explicamos" mediante una sola pregunta: ¿los periódicos nos traerán noticias felices? ciertamente que no. Pues, las noticias de actualidad son las tristes, las que colman los diarios. Y para esto -dirá el escéptico ciudadano- vivir mejor fuera en el pasado o en el futuro a través de la lectura. ¿Para qué el presente?

A nuestro modo de ver, en este orden puede adoptarse tres actitudes. La lectura como actitud evasiva; conocimiento del pasado; la lectura como

actitud realista: conocimiento del presente; y la lectura como actitud proyectada: profecía del futuro. Pero dejemos de lado todo afán esquematista.

Magnificando la bondad de la lectura, Francis Bacon anotó: "En los libros conversamos con los sabios, como en la vida real con los tontos". Cierta tinte de exageración sale a relucir en la nota escapada de la pluma del escritor londinense. De ocurrir lo que sostiene Bacon todos los libros serían buenos, cosa que no es así, y las conversaciones emanadas del diario vivir en su generalidad resultarían insípidas, lo cual en contadas oportunidades no sucede...

Consignamos la frase del autor de ENSAYOS para poner de relieve la función del libro. Sin embargo, con la profusión de la pornografía y el folletín -en ocasiones celebrados por la crítica- habrá que proceder con cautela y buen tiento. Convendría quizás catalogar o racionalizar la lectura, sobre todo para la niñez y la adolescencia; etapas de la vida tan predispuestas a la imitación y al mal gusto. Los educadores, tomando conciencia de su labor, debieran preocuparse de este aspecto.

El libro de Man Céspedes, que nos ha movido a escribir estas mal hilvanadas líneas, no debe ser ignorado por la juventud boliviana. Publicaciones como PLATERO y YO, de Juan Ramón Jiménez, y EL PRINCIPITO, de Antoine de Saint-Exupéry, a las que con orgullo añadimos la de nuestro fino prosista, no tiene mejor destino que las manos de un joven.

Conforme reconoció el autor intelectual de los movimientos estudiantiles de los últimos tiempos, Herbert Marcuse, "la cultura debe hacerse cargo de la pretensión de felicidad de los individuos". He aquí el papel que desempeña el libro como vehículo difusor de aquella. Por ello es necesario inculcar el hábito de la lectura. Leer, leer y leer. Ya sea cuando el silencio de la noche desplaza al bullicio del día, como acostumbraba Balzac, o en tanto despunte el alba, como solía hacer Azorín. La lectura es fuente de inagotable riqueza.

Queremos creer que tras la rebelión de la gente moza se oculta un porvenir venturoso; que tras la aparente indiferencia de los desgreñados jovencuelos, se elevan al cielo plegarias interiores cual palomas mensajeras de un mundo joven que en cada alma empieza a brotar. ¿Qué escondida suerte aguardará al hombre del mañana?

**Herberto Arduz Ruiz. (1946). Escritor paceño, es también periodista y abogado.**

